

X igual a Y

Silencio. Roto únicamente por el crujir bajo sus pies de las tablas de madera conforme se va acercando a su escritorio. La estampa podría asemejarse a un ermitaño que busca la tranquilidad alejándose del mundanal ruido. Deposita cuidadosamente la taza de café sobre la superficie de la amplia mesa del despacho. El cómodo sillón gruñe cuando las posaderas de su amo lo despiertan una vez más antes del mediodía. Pasa despreocupadamente las hojas de su agenda y saca de su ordenada carpeta los informes a tratar para ese día. Observa su pulcra mesa. Enciende el ordenador y abre la aplicación de Teams. Se afloja un poco la corbata pues la calefacción empieza a torturarlo. Ya lo tiene todo preparado. 8:55. Silencio. Roto únicamente por el tamborileo de sus dedos sobre el escritorio mientras espera impaciente que la reunión empiece. 10 de abril de 2020 a las 9:00 de la mañana mi marido comienza su día laboral en casa.

Ruido. Mi hijo mayor, Lucas, grita una larga lista de improperios porque su hermano se ha comido los últimos cereales de la casa. Va detrás de mí quejándose. Ahora no tengo tiempo. No me gusta tener que llegar a este punto, pero en situaciones difíciles se toman decisiones desesperadas. Solamente por eso y sin que sirva de precedente decido presentarles a mi mayor aliado. Abro el armario de debajo del fregadero donde parece que nadie ha buscado nunca nada salvo yo. Aparto el Fairy, el desatascador y los estropajos y un cántico de ángeles suena en mi cabeza pues ante mí aparece mi salvación: el bote de Nutella. Se lo doy a mi hijo que calla inmediatamente y feliz se marcha a desayunar. 8:55. Me miro en el espejo. No puede ser, aún tengo que cambiarme. Mientras termino de meter el brazo izquierdo por la manga de la camisa, con el derecho voy rellenando el usuario y contraseña para que mi hijo menor, Hugo, se conecte a su clase online. Va a ser verdad que las mujeres podemos hacer dos cosas a la vez. 8:56. Me siento en la mesa del comedor y observo con tristeza la masacre que ante mis ojos se muestra como si de una película bélica se tratase. Papeles arrugados que

agonizan ante la espera de que alguien los atienda, charcos de café que evidencian la guerra que ha acontecido y barricadas de informes que ya se desmoronan a causa de las largas jornadas intentando defender el fuerte. 8:57. Busco atropelladamente los papeles para la reunión de hoy. Sostengo entre mis manos el documento que muestra los puntos del día e intento descifrar el segundo apartado mientras el viscoso líquido marrón va engullendo sin piedad la tinta negra. Miro la bayeta, preguntándome por qué parezco ser la única que no padece esa enfermedad que impide coger ese trapo entre las manos y frotar enérgicamente la superficie. 8:58. Soy incapaz de encontrar el Excel que plasma los datos financieros de la empresa. Desordeno aún más el desorden reinante sin éxito. Empiezo a desesperarme justo cuando veo a mi hijo asesinando con las tijeras a un papel extremadamente parecido al que busco. Cortes bruscos, tajantes, despiadados. No tiene posibilidad de supervivencia. Me levanto rápidamente y se lo arrebato ágilmente entre las manos, aunque sea para poder darle el funeral que se merece pues ni los expertos en puzzles serían capaces de crear una ordenada composición. Debería estar prohibido poner una clase de plástica a primera hora de la mañana pues provoca que la hiperactividad empiece a correr por sus venas desde muy temprano. Me vuelvo agobiada a mi mesa mientras imprimo otra nueva copia. Necesito otro café. 8:59. Silencio. Respiro aliviada. Un momento. ¿Silencio? No, no, no. No puede ser. Demasiado sospechoso. Desde mi mesa que actúa como torre vigía observo a todos mis soldados. De esta forma, encuentro a Lucas en su rutinaria cruenta batalla con las matemáticas. Hugo ha decidido despojarse del arma blanca y se dispone a sacarle filo a sus pinturas de Plastidecor. Por último, observo a Julia, mi princesa de apenas dos años que la he dejado en su zona de juego, alejada del bombardeo. Pero eso no significa que el mercado del estraperlo no pueda llegar a ella pues la observo con el pintalabios rojo zafiro que acabo de utilizar. O más bien podría decir que el pintalabios la ha capturado a

ella porque está por toda su cara y su ropa. El tono de la videollamada irrumpe en medio de la tempestad. Me siento a pesar del quejido de la corpulenta y dura silla de madera. Intento recomponerme la blusa y el peinado con el fin de ocultar cualquier tipo de prueba que evidencie mi caótica mañana. Me llega la conocida retahíla de lamentos del lavavajillas porque una vez más he tenido que recurrir a su ayuda. Parece que ya todo está en orden así que aprieto el botón de descolgar. 10 de abril de 2020 a las 9:00 de la mañana comienza mi día laboral. El ordenador marca el 100% de la batería, pero mis piernas no están de acuerdo con esa puntuación.

12:30. Llevo dos videollamadas de trabajo, diez paseos hasta la mesa de Hugo, quince sprints hasta la zona de juego de Julia y ocho operaciones matemáticas de Lucas: funciones, ecuaciones, raíces, fracciones, sumas, restas, multiplicaciones y divisiones. Lo fácil que parece su resolución y lo difícil que nos resulta igualar la ecuación entre los cromosomas X e Y.

Mi marido sale del despacho. Sereno, sin ojeras, risueño. Aprovechando su buen humor le pido que ayude a sus hijos con las materias. Diez minutos y cuarenta y tres segundos dura el silencio. Uno se queja de la praxis del otro por enseñar a base de gritos debido a su escasa paciencia y el otro le echa en cara su falta de concentración y comprensión. Ambos salen enfurruñados hacia sus respectivos lugares de trabajo.

- ¿Alguien puede ayudarme? – grita Hugo.

Espero a que su padre acuda pues me consta que hasta dentro de veinte minutos no tiene la siguiente reunión. Quince segundos después.

- ¡Mamá! – vuelve a vociferar de nuevo.

Me levanto y me acerco a su mesa, mientras me asombro de la rapidez con la que ha aprendido la ley de la selva. Es un chico listo. No pierde el tiempo.

13:30. Suena el teléfono. Todos se hacen los suecos. Es increíble esa sordera momentánea que no parece afectarles en el momento en que grito que la comida está lista. Lo cojo al cuarto tono. Es mi suegra. Solo quería saber cómo estábamos, pero no quería molestar a su hijo que seguro estaría muy ocupado trabajando. Prometo que la llamaremos más tarde. Siento una profunda tristeza hacia ella. Lleva semanas sin poder ver a sus nietos. Una persona tan enérgica como ella que ha trabajado tanto todos estos años, cuando al fin puede pasar tiempo con sus seres queridos, este maldito virus no se lo permite. Esta pandemia va a acabar con nosotros, pues el contagio no es la única consecuencia. Cada vez son más los daños colaterales: el estrés, la soledad, el aislamiento, las deudas...

14:30. Ya he visto a todos los miembros de la casa pasear nerviosos alrededor de la isla de la cocina. Se creen que no me doy cuenta, pero no son muy buenos en esconder las pruebas del delito. Las migas de patatas esparcidas por la encimera, la chapa de la Coca-Cola, el pan decapitado... La verdad que todo ello supone más esfuerzo que sacar la cacerola llena de sopa que está guardada en el frigorífico y ponerla a calentar. Tampoco es tan difícil. Aunque claro no tienen una gran habilidad para buscar cosas en la nevera pues siempre aseguran la inexistencia de alimentos en la misma hasta que me levanto y les muestro que estaban frente a ellos. A veces me pregunto si serán poderes de madre o las ventajas de no ser miope. Me dirijo hacia la cocina y decido seguir esta tarde con el trabajo atrasado.

17:30. Me planteo dejar por hoy la jornada laboral, al menos en cuanto a la del oficio de asesora se refiere. Recojo el cesto de la ropa sucia y pongo la lavadora. Paso la aspiradora mientras que persigo a mis hijos simulando que se trata de un pilla-pilla. No me juzguéis, pero en tiempos de confinamiento hay que inventarse cualquier tipo de

juego para cansarlos. Así, al menos, conseguiré unos minutos de silencio por la noche para terminar los últimos informes.

19:00. Mi marido se pone ropa de deporte pues asegura que necesita estirar las piernas, demasiado tiempo sentado frente al ordenador. Pongo los ojos en blanco. Opta por la ruta larga con parada en la cocina, el dormitorio y el salón. Esa senda ya marcada por mis huellas unas trescientas veces a lo largo del día.

23:30. Silencio. Ya todos duermen. Casi quince horas he tenido que esperar para que eso suceda. Afortunados los que desde un primer momento pueden disponer de una habitación en la que gocen de este inusual fenómeno. Dejo en el banquillo al cansancio y me concentro todo lo posible hasta que termino el trabajo.

1:15. Me meto en la cama al lado de mi marido. Sus ronquidos echan a patadas de nuevo al silencio, pero no hay tiempo para despedirme de él con un pañuelo blanco pues mis párpados no esperan a que ese tren se marche.

Podría decir que todos los días son iguales, pero no sería verdad porque una madre se enfrenta cada día a un escenario diferente como si de los niveles de un videojuego se tratase. Sin embargo, este 28 de abril pertenece a otro universo, más bien se trata de un juego de realidad virtual. Y la diferencia no reside en el continente, sino en el contenido.

Esta mañana el silencio no ocupa ningún resquicio de la casa, ni siquiera se aloja en el despacho de mi marido. Todo son toses secas, suspiros y aspavientos a la hora de llevar el aire a nuestros pulmones. El virus con corona incorporada ha llegado y reina sin clemencia en nuestra austera morada. Pronto nos convierte en sus súbditos, aunque con los niños tiene piedad y como esclavos no los quiere. Aunque su maldad no tiene límite su trato de igualdad me sorprende. No distingue entre hombres ni mujeres. No me

da más trabajo, ni me pone más obstáculos. Ambos tenemos los mismos síntomas. Nos priva del gusto y el olfato. Y como le parece poco también del aire. Es la noche del 5 de mayo. Ambos estamos en la cama, con 39°C de fiebre. En ese momento no me habría importado que por una vez mis cifras fueran menores por ser mujer al igual que pasa con mi salario. Pero, como ya he dicho, el virus no entiende de género. Tal vez suceda porque ambos somos dos seres vivos exactamente iguales por dentro. Mismos órganos, mismos huesos, mismos mecanismos de defensa. Aunque igual eso no es del todo cierto. Esa misma noche trasladan a mi marido al hospital en una ambulancia con el estruendoso sonido de la sirena como único acompañante. Yo me quedo en casa, me han dicho que no estoy tan grave. Aún puedo respirar con normalidad, aunque intuyo que pronto mis pulmones quedarán descalificados de esta maratón. Tardo dos días más que mi marido en ingresar en el centro médico. Los sanitarios dicen que es porque mis defensas son más fuertes. Claro que sí. Como mujer que soy todo en esta vida me ha costado el doble y las murallas que he tenido que escalar han hecho que mi cuerpo se acostumbre a las alturas. Ya no hay vértigo. Solo fortaleza.

Dicen que de las peores situaciones sacas las lecciones más valiosas de la vida. Mi estancia en una cama del hospital dura 23 días. 552 horas. 33120 minutos. 1987200 segundos. Mucho tiempo para cavilar. Meditas sobre tu pasado, presente y tu posible futuro. Me imagino todo tipo de futuros, incluso los más tétricos y pesimistas pues como buena economista que soy las quiebras siempre hay que tenerlas presentes. Sí. Pienso mucho en la muerte. Y solo así descubro la gran verdad que la humanidad no se cansa de esconder.

Desde pequeños tratan de convencernos de que hombres y mujeres somos distintos, incluso antes de nacer. La gama de colores de la ropa de bebés e incluso de nuestros compañeros de cuna peludos y blanditos varían en función del sexo del mismo.

Ni siquiera nuestros dormitorios son iguales. Unos están cubiertos de un rosa chiclé que te permite ver mejor el contraste con la escala de grises que tiñen muchos momentos de tu vida. Otros son de un azul cielo que te recuerdan que en algún momento caerás. No obstante, cuando creces aún es peor. Tal vez como resultado de una ley no escrita, invisible en estatutos y reglamentos pasas más tiempo en la cocina que en el salón. Y entonces llega un confinamiento y tu marido sin consultarlo se queda con el despacho. No dices nada. Crees que es normal. Lo has visto en todas las casas. Lo has observado en las películas. Parece que el trabajo del hombre necesita más concentración. A esas alturas parece que tu subconsciente ya ha asumido que la desigualdad es patente y que los lugares a habitar deben ser distintos. Hasta que llega el virus más tirano de la historia y te enseña que ambos viajamos en idénticas ambulancias. Sanitarios de la misma índole nos atienden y el instrumental utilizado está hecho con los mismos materiales. En la misma habitación nos alojan y a respiraderos similares nos conectan. Nuestro pulso se acompasa. Los latidos de nuestros corazones siguen la misma partitura. Nuestra respiración va al unísono. Escuchamos los mismos sonidos, tanto silencio como ruido. Y comprendo que la naturaleza nos iguala y solo nosotros nos separamos. Y, entonces, pienso en el futuro. Solo podemos salir de allí de dos formas: a pie, caminando de nuevo hacia nuestra desigualdad o iguales ante la Muerte, porque cada uno de los ataúdes que de ese hospital salen en un coche fúnebre no tienen ningún símbolo distintivo. No hay manera de distinguir si albergan a un hombre o a una mujer. Son iguales para todos. Qué lástima tardar toda una vida en llegar a esa conclusión y no poder ponerla ya en práctica, pues a la tumba esa enseñanza te la debes llevar. Por suerte a nosotros eso no nos pasó.

El 28 de mayo de 2020 mi marido y yo regresamos a casa tras una veintena de días en la UCI. Nuestros hijos y mi madre nos esperan ansiosos en casa para celebrar la

abolición de la esclavitud a la que nuestro amo con corona nos había sometido. Tres días después me reincorporo al teletrabajo. Observo mi minúscula mesa atestada de informes. Y entro al despacho de mi marido, espacioso, ordenado, silencioso. Paso la palma de mi mano por el pétreo muro que separa ambas habitaciones. Fuerte, voluminoso, impermeable. Y lo rompo. Poco a poco comienza a resquebrajarse. Lo golpeo y pisoteo hasta que solo quedan escombros que recojo y tiro para que mis hijos jamás vean que en algún momento en esa casa hubo algún signo de desigualdad. Tal vez, esa caída del muro solo tuvo lugar en ese momento metafóricamente hablando, al menos hasta que el estado de alarma termine y los albañiles puedan venir a mi casa. Jamás el silencio y el ruido, las tareas del hogar y el trabajo, los derechos y las obligaciones, los niños y su padre, las personas y los estereotipos estarán separados por un tabique.